

Europa central vista por un celtíbero

Los sillones, dos.—Los obreros que están al lado de Hitler

HASTA EL 21 DE MARZO

Es preciso confesarlo: hasta el día 21 de marzo creí que todo el pueblo alemán estaba con Hitler. En los cafés, en los Sindicatos obreros, en las fábricas, en los tranvías, en las Universidades, en los sitios frecuentados por los judíos inclusive, en los barrios comunistas, en el Ejército, en todas partes, la gente era partidaria hasta el entusiasmo de la política nacional socialista. Cuando ante cualquier miserable sin trabajo o cualquier judío ricachón se formulaba la misma pregunta: «¿Qué, qué tal con Hitler?», la contestación tenía acento de coro:

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Felicidad! ¡Felicidad!

Pero ¿y los obreros? ¿Están al lado de Hitler o contra Hitler? ¿Y los socialistas? ¿Y los comunistas, los millones de comunistas? ¿Dónde están?

Pues verá usted...

LA GABARDINA DEL CANCELLER

El día 21 de marzo se inauguró el primer Parlamento de los «nazis» en Posdam, esa vieja ciudad magnífica con sus buenos árboles, sus buenos maestros de escuela, su buen monumento, construido por el rey más antipático de Prusia, sus buenas fuentes y sus buenas salsichas cocidas.

Yo asistí a aquel acto solemne y hereditario. Allí estuve como un mortal cualquiera aguantando los discursos, el color pardo de las camisas pardas, los cañonazos, el entusiasmo de la multitud. Allí fué donde, mientras la nieve ponía su mejor nota de bambalina—porque nevó y todo—, me convencí de que el pueblo alemán no estaba en su totalidad con Hitler.

Lo sospeché, primero, cuando oí a una mujer que estaba a mi lado decir a alguien que la acompañaba, al paso de Hitler: —Mira: lleva una chaqueta como la de su tío...

¿QUIEN PRESIDE LA SESIÓN?

A las once de la mañana una salva de cañonazos anuncia que el presidente Hindenburg comienza su discurso de apertura.

Pero, señores, un momento. ¿Es que preside Hindenburg esta solemne y hereditaria apertura del primer Parlamento de los «nazis»?

Sí, sí. Ya sé que eso dicen los informes oficiales; ya sé que eso es lo que afirma la Prensa. Pero, vamos a ver, ¿y lo de los sillones? ¿Y la importancia que los asistentes daban a los sillones?

¿Que qué sillones? ¿Que ustedes no saben de qué sillones se trata?

Pues verán ustedes; verán ustedes...

POEMA DE LOS SILLONES

Eran dos Sillones, dos. Rojos, magníficos. Sillones autoritarios, de flexibles patitas de yegua, que rimaban muy bien con la geometría simplista de la Gamisoukirche—Iglesia de la guarnición—. Sillones militares,

imperialistas y pesados, que tenían en su terrible inmovilidad todo el aspecto de dos generales prusianos en uniforme de guerra. Sonrientes e irónicos, inalterables a la hueria sugestión de la honda palabra de Hitler.

Dos sillones dos. De rebótica o de casa de huéspedes para secretarios de Embajada. Dos sillones adornados de flores que piadosas manos militares ofendieron a los gloriosos expatriados.

Dos sillones, dos, que presidían la solemne sesión, con su cuenca vacía, en nombre de nuestro señor el káiser Guillermo II y su augusta esposa.

Dos sillones, dos.

CHISTERAS DE «A TRES»

En una plazoleta se habían levantado unas tribunas, desde las cuales las autoridades debían presenciar el desfile. Cuando terminó la ceremonia de apertura, el venerable Hindenburg, salió, entre vitores, a la calle. Subió a la tribuna. Tras él se colocaron Hitler, el kronprinz y los ministros. Y comenzó el desfile.

Pasaron primero los soldados de la Reichswehr: infantería, artillería, caballería. Luego, los nazis. Después, centenares de hombres elegantemente vestidos, con chisteras y medallas: en las solapas.

Alguien me iba diciendo:

—Son los empleados de Banca.

—Son los catedráticos.

—Son los barrenderos municipales.

—Son los de Hugenberg.

—¿Y éstos?—pregunté.

—¿Estos?—me contestaron—. Estos son...

ADQUIERE LA CERTIDUMBRE

No llevaban uniforme, ni banderas, ni ritmo el paso. Iban desgachados y tristes. Y conste que no es ésta una gratuita afirmación que yo hago. Lo vieron conmigo algunos periodistas españoles. Era un grupo de hombres que desfilaban sin entusiasmo sin marcialidad y sin griterío.

—Pero ¿quiénes son?—volví a preguntar.

Y se me costó:

—Son los obreros del partido nacionalista, los obreros de Hitler.

Entonces los conté.

Y nunca olvidaré su número. ¡Eran once!

José Díaz Morales

Una pregunta a nuestros diputados

¿Quiéren decirnos los señores Almagro, Covisa y Mendizábal qué delito han cometido los republicanos conqueses para que exista un boicout permanente a todos los actos de propaganda organizados por los partidos de la capital?

Porque vamos, señores, lo del pasado 15 de Julio sonrojaba la epidermis más obtusa. No solamente se abstienen de cumplir con el deber cívico de buenos

demócratas acompañando al pueblo que les eligió diputados en la manifestación al mausoleo donde moran los restos de las víctimas carlistas, sino que impiden con todas sus fuerzas que orador alguno colabore en el mitin republicano en honor de nuestros muertos. Eso, lo juzgan ustedes como quieran, pero es vergonzoso, sencillamente vergonzoso.

Claro, con esos procedimientos, esas normas y esa apatía con los únicos republicanos verdad que hay en Cuenca ¡así nos corre el pelo! Los caciques campan por sus respetos con mucha mayor soltura que en pretéritos tiempos, las organizaciones socialistas y republicanas viven completamente desorientadas, se injuria a la República descaradamente (el caso del Solán del que ya hablaremos), se llenan las columnas de la prensa derechista de improperios y calumnias contra los hombres del Gobierno, se abre un cine en Cuenca y se le bautiza pomposa y descaradamente Royal Cinema, corren vacas y toros por los pueblos a todo placer, saltándose a la torera las leyes de la República; en fin, la intemperia. Y nuestros diputados, pensando haber si queda por ahí algún amigo a quien agradecer algún favor y recomendárselo a Casares para la próxima combinación de gobernadores.

DE TODO HAY EN LA VIÑA DEL SEÑOR...

El cura de un pueblo de Cuenca da de garrotazos a un muchacho porque cantaba el himno de Riego

EL SERAFICO SACERDOTE —MINISTRO DE DIOS EN LA TIERRA, ¡MIAU!— EMPUÑA BA ADEMAS UNA PISTOLA

Hace pocos días ocurrieron en la a dea de Villar de Cantos, anejo de Vara del Rey, hechos que hasta ahora habían sido silenciados y que el alcalde de Vara, D. Pedro Andújar, ha puesto en conocimiento del Juzgado de instrucción de San Clemente.

Según parece, hallándose en la era algunos trilladores cantando el himno nacional, se presentó en ella el cura del pueblo armado con una pistola y maltrató, entre otros, a un muchacho de catorce años, que, según dictamen médico, presentaba a consecuencia de la agresión de que fué objeto, desprendimiento de los pabellones auriculares. El alcalde pedáneo de Villar de Cantos Manuel García, al tener noticia de lo sucedido, acudió a la era no encontrando al cura y si sólo a un mayoral, que le entregó el arma utilizada por el agresor, arma que fué depositada en el cuartel de la Guardia civil.

En el sumario que se instruye con este motivo, a petición del alcalde de Vara del Rey, que formalizó, como hemos dicho, en el Juzgado de San Clemente la comparencia del pedáneo de Villar, varios vecinos han declarado que no es ésta la primera vez que el cura del pueblo se pronuncia públicamente contra el régimen.

**

La información que antecede se publicó hace unos días en toda la prensa madrileña.

Lunatcharski, embajador de España

Lunatcharski va a ser Embajador de los Soviets en España. Nuestro Gobierno ha dado el «placet». Noticias telegráficas adelantaban ya el otro día la referencia y aseguraban en un cálculo de probabilidades con una gran proporción a favor de este nombre para el de primer representante de Rusia en Madrid. Aquí no podía menos de congratular la noticia. A Lunatcharski se le conocía ya sobradamente en nuestro país a través de su honda labor como hombre de teatro y de pluma. En cuanto a su filiación, no es nueva en el comunismo, régimen de su patria; no se trata, pues, de un hombre incorporado a los albueros personales en el desarrollo de un régimen. En 1904 ya había sufrido persecución y regresaba a Petersburgo. Inmediatamente sus escritos empezaron a insertarse en «Novaya Yinz». Por entonces asistió a Congresos del partido socialdemócrata en Estocolmo, en Londres y en Stuttgart. Ya lo sabéis: entonces era Lunatcharski un socialdemócrata.

El peso moral de los apellidos de sus padres y abuelos no le apartó en su labor ni en dejar de avanzar rápidamente un solo paso hacia frentes más extremos de la política. En 1908 ya el marxismo ha prendido con luminosa llamarada en muchos corazones; pero dos tendencias se

ponen frente a frente: la que representa el enviado de Lenin y aquella otra en cuyas vanguardias figura Lunatcharski.

Sin embargo, el espíritu de Lenin comienza a influir en Lunatcharski y logra captarle totalmente. A la hora de la revolución Lunatcharski se halla ya en pleno trabajo en las líneas volcheviques. Así llega a ser comisario de Instrucción Pública. Sus dotes extraordinarios de trabajo le hacen destacar y poder mostrar una labor profunda, metódica y bien dirigida. Él impulsa desde su puesto todas las grandes iniciativas teatrales. Fué en 1929 cuando Lunatcharski sufrió un tropiezo, parece que el último, dentro del partido. Ya lo había sufrido otras veces, y muy especialmente en 1908, cuando se enfrentó con el enviado de Lenin. Luego ha sido la vuelta a la tarea. Lunatcharski no ha dejado de trabajar ni un instante: autor de arreglos teatrales de libros, de un film... España ha sido para él un país cuyas esencias populares e intelectuales le han inspirado siempre grandes simpatías. Su arreglo escénico de «Don Quijote» lo atestigüa.

Que Lunatcharski, Embajador de los Soviets, sepa apreciar la simpatía personal que desde hace tiempo se le profesa y que ahora le demuestra de modo indudable la República.

No hemos de hacer comentarios en ningún sentido, puesto que el suceso en sí se comenta solo.

Únicamente nos interesa lamentar sinceramente que el Gobierno civil de la provincia no se haya enterado o no le haya concedido importancia, lo que sería mucho peor.

Ya nos dirá el Sr. Aguilar donde pararemos, marchando alegremente por tan tortuosos caminos.

El último gesto de Charlot

¿Os acordáis del bigolito del simpático y genial actor de la pantalla? Pequeña mosca debajo de las fosas nasales, leve borron de pelos sobre el labio superior, algo así como el de nuestro alcalde, pero sin ese volter pretencioso y donjuanesco de hombre-castigador. Pues bien, el ilustre Charlot que es todo un demócrata desde las punteras de sus botas de siete palmas hasta el último pelo de su ensortijada cabellera, en un momento de genial irritación a la vista de un retrato de Hitler, ha cogido una navaja y ¡ras! ¡ras! se terminó el parecido.

Cuando se entere el dictador-zuelo alemán, bueno se va a poner. A lo mejor tozudo en sus cosas se empeña en seguir siendo el alter ego de Charles Chaplin y se afeita esos pelos de cepillo viejo que tanto le caracterizan; pero no se preocupe, que el Charlot con bigote o sin él lo está haciendo desde hace bastante tiempo.

DE NUESTRO CREDO

Es consecuencia forzosa que aquellos que profesan los principios de la revolución, que rinden culto a los ideales del progreso y de la civilización moderna amen a sus semejantes y estén dispuestos a ayudarles en las situaciones difíciles de la vida.

Este es el carácter que debe distinguir a los republicanos de los reaccionarios que llevan en su bandera el lema Religión, pero que no la practican.

La nota que han de dar los republicanos es diferenciarse de las personas religiosas, que todo lo reducen a ceremonias, practicando de veras la filantropía y demostrando con sus actos que no son vanas teorías las que predicamos sino sentimientos arraigados, que se muestran siempre que se ofrece ocasión para ello. Esta filantropía, practicada continuamente en todos los pueblos y en todas las ciudades, por fuerza ha de dar por resultado el agrupar en derredor de la bandera a todos los hombres de corazón y de sentimientos sanos.

Con ello ganará, no solamente el partido, sino también la Patria y la humanidad. Hay que demostrar que, a pesar de no llevar en nuestra bandera el lema Religión, somos más cristianos que los que lo ostentan.

Advertencia

Por la premura de tiempo en sacar a la luz pública el primer número de IZQUIERDAS, se han deslizado en el mismo algunas erratas de imprenta que el criterio de nuestros lectores sabrá disculpar.

Y lo advertimos además, para que los de la acera de enfrente no se aprovechen de esos lapsus inevitables y luzcan las dotes de su erudición gramatical. ¿Entendidos? Pues a otra cosa.